

PRIMER DÍA: CREACIÓN Y REDENCIÓN

(ÍNDICE)

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” *Génesis 1:1*. En esta breve frase encontramos resumida toda la verdad del evangelio. Quien la lee correctamente puede encontrar un consuelo inmenso.

Consideremos en primer lugar quién creó los cielos y la tierra. “Creó Dios”. Cristo es Dios, es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su Persona. *Hebreos 1:3*.

El propio Cristo afirmó: “Yo y el Padre somos uno” *Juan 10:30*. Fue él quien, en representación del Padre, creó el cielo y la tierra. “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” *Juan 1:1-3*. Acerca de Cristo leemos una y otra vez que “en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*.

El propio Padre se dirige al Hijo llamándole Dios y Creador. El primer capítulo de Hebreos aclara que Dios nunca dijo a los ángeles: “Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy”. “Pero del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos, y cetro de equidad es el cetro de tu reino”. Y dijo también al Hijo: “Tú, Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra, y los cielos son obra de tus manos” *Hebreos 1:5, 8 y 10*. Por consiguiente, se nos da la seguridad de que cuando leemos en el primer capítulo de Génesis “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, se trata de Dios en Cristo.

El poder creador es la marca distintiva de la Divinidad. El Espíritu del Señor, mediante el profeta Jeremías, señala la vanidad de los ídolos, para afirmar a continuación: “El Señor es el Dios verdadero. Él es el Dios vivo y el Rey eterno. Ante su enojo tiembla la tierra, y las naciones son impotentes ante su indignación. Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra perecerán de la tierra y de debajo de los cielos. Él es el que hizo la tierra con su poder, el que estableció el mundo con su sabiduría, y con su inteligencia extendió los cielos” *Jeremías 10:10-12*. Hizo la tierra por su poder y la estableció por su sabiduría. Ahora bien, “Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios” *1 Corintios 1:24*. Vemos aquí una vez más a Cristo conectado inseparablemente con la creación, siendo el Creador. Sólo reconocemos la Divinidad de Cristo cuando lo reconocemos y adoramos como Creador.

Cristo es Redentor en virtud de su poder Creador. Leemos que en él “tenemos redención: el perdón de los pecados”, debido a que “todo ha sido creado por medio de Él” *Colosenses 1:14 y 16*. Si no fuera el Creador, no podría ser el Redentor.

Eso significa simplemente que el poder redentor y el poder creador son el mismo poder. Redimir es crear. Así lo muestra la declaración del apóstol acerca de que el evangelio es el poder de Dios para salvación, a la que sigue inmediatamente otra declaración afirmando que el poder de Dios se pone de manifiesto mediante las cosas creadas (*Romanos 1:16 y 20*). Cuando consideramos las obras de la creación y pensamos en el poder manifestado en ellas, estamos contemplando el poder de la redención.

Ha habido una buena cantidad de especulación vana respecto a cuál es mayor: la redención o la creación. Muchos han pensado que la redención es una obra mayor que la creación. No hay virtud en tal cavilación, dado que ambas están únicamente al alcance del poder infinito, y no hay mente humana facultada para medir ese poder. Pero si bien no podemos medirlo, podemos resolver fácilmente la cuestión de cuál es el mayor, dado que las Escrituras nos proporcionan esa información: ninguno de los dos es mayor que el otro, puesto que se trata del mismo poder. La redención es creación. La redención es el mismo poder que operó al principio para crear el mundo junto a todo lo que hay en él, y que se pone posteriormente a la obra de salvar al hombre y a la tierra de la maldición del pecado.

Las Escrituras son muy claras al respecto. Así oró el salmista: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” *Salmo 51:10*. El apóstol afirma: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” *2 Corintios 5:17*. “Nueva criatura” implica una nueva creación. Y leemos también: “Por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” *Efesios 2:8-10*.

Comparadas con Dios, las naciones “son como nada, menos que nada e insignificantes” *Isaías 40:17*. En el hombre “no habita nada bueno” *Romanos 7:18*, pero el poder que al principio hizo la Tierra a partir de la nada, toma al hombre si este consiente, y hace que sea “para alabanza de la gloria de su gracia” *Efesios 1:6*.

Habiendo visto que Cristo —la Palabra, el Verbo— es el Creador de todas las cosas, y que él mismo redime por su poder creador, veamos qué dice la Biblia respecto a cómo creó. Aquí encontramos la respuesta: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. Él junta como montón las aguas del mar; él pone en depósitos los abismos. ¡Tema a Jehová toda la tierra! ¡Tiemblen delante de él todos los habitantes del mundo!, porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” *Salmo 33:6-9 (RVR 1995)*. Es maravillosamente simple. Bien podemos exclamar: “¡Qué palabra es esta!” *Lucas 4:36 (RVR 1995)*.

“Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” *Hebreos 11:3 (RVR 1995)*. ¿Cómo sabemos la forma en que fueron hechos los mundos? —“Por la fe”. La fe proporciona conocimiento. Esa es su obra especial. El conocimiento logrado

mediante la fe no es vago o incierto, sino el más absolutamente cierto de todos los conocimientos. De hecho, no existe un conocimiento real que no proceda de la fe. El conocimiento adquirido de cualquier otra forma es sólo especulación. El alma incrédula ve la fe como insensatez, pero el alma que cree sabe que la fe provee un fundamento sólido. Todo aquel que *crea* puede *conocer*.

Uno de los asuntos básicos en el mundo es el conocimiento del alfabeto. Está en el propio fundamento del aprendizaje. Nadie ridiculizará a un niño por decir que conoce las letras del alfabeto, y por afirmar categóricamente que, por más que se le discuta, una “A” es una “A”. No obstante, es sólo por la fe como conoce tal cosa. Nunca lo investigó por sí mismo. Simplemente creyó la afirmación de su instructor al respecto. El propio maestro aprendió el alfabeto de la misma forma: por fe. Nadie le hizo una demostración de que la “A” es una “A”. Tal cosa no habría sido posible. Si se hubiera negado a aceptar el hecho hasta que se le demostrara, nunca habría aprendido a leer. Tuvo que aceptarlo inicialmente por fe y, posteriormente, este se confirmaría verdadero en cualquier circunstancia. No existe conocimiento del cual el ser humano esté más seguro que el de las letras del alfabeto, ni tampoco otro que dependa tanto de la fe.

Tal como el niño aprende el alfabeto, así aprendemos nosotros las verdades de Dios. Quien recibe el reino de los cielos debe recibirlo como un niño pequeño. Por la fe aprendemos a conocer a Jesucristo, que es el Alfa y la Omega, el alfabeto completo de Dios. Quien cree la sencilla afirmación de la Biblia acerca de la creación puede saber con certeza que Dios creó los cielos y la tierra por el poder de su palabra. El hecho de que algún incrédulo lo dude y lo considere una necedad no sacude ese conocimiento ni demuestra que no sea verdadero, del mismo modo que nuestro conocimiento del alfabeto no se ve afectado ni refutado por la ignorancia de otra persona.

“Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su ejército *por el aliento de su boca*” *Salmo 33:6*. En la revista *The Century Magazine* de mayo de 1891 se publicó una descripción muy interesante sobre la producción de figuras de voz. El artículo llevaba por título “Sonido visible”. La señora Watts Hughes había ideado un dispositivo sencillo para representar gráficamente los sonidos vocales. Consistía en una membrana elástica tensada horizontalmente sobre un soporte de forma circular, cóncavo hacia arriba y con un orificio en su base, al cual llegaba el sonido mediante un tubo situado debajo, que estaba conectado en su otro extremo a la boca del cantor. Sobre la membrana se esparcía arena o polvo fino. Se observó que, en respuesta al sonido, el polvo se agitaba suavemente por las vibraciones de la membrana en correspondencia con la voz, variando según su altura e intensidad. Ese era el resultado esperado, pero lo asombroso fue que en cada caso la agitación de las partículas creaba una forma que se asemejaba a la de alguna planta o flor, o incluso a la de ciertos organismos animales inferiores. Se puede observar algo parecido en tiempo frío al proyectar el aliento sobre el cristal de una ventana que da al exterior.



Se vio que si se empleaba polvo seco no retenía la forma adoptada una vez que la voz cesaba; por lo tanto, se humedeció ligeramente de manera que las diversas formas permanecían, permitiendo su posterior registro fotográfico.

Eso ilustra cómo el aliento salido de los pulmones lleva la semblanza de formas vivientes. El hecho sugirió a la cantante un pensamiento que ella misma expresó en estos términos:

“Terminada aquí mi exposición escueta de esa representación gráfica de la voz tal como la he observado, quisiera añadir que he llevado a cabo mis experimentos como vocalista, recurriendo a mi propia voz a modo de instrumento de investigación. Debo dejar a otros más versados en las

ciencias naturales sopesar la relación de esos hallazgos con hechos y leyes ya conocidos. No obstante, en las diversas fases de esta investigación me ha ido surgiendo pregunta tras pregunta, hasta el punto de llegar a sentirme ante un gran misterio, en parte escondido, pero dejando entrever ciertos destellos. Y debo decir, además, que día tras día, al ir dando forma con mi canto a estas peculiares figuras, al salir al aire libre y ver sus paralelismos en las flores, los helechos y los árboles que me rodean, y nuevamente al observar los pequeños acúmulos de polvo organizándose en figuras semejantes a flores, que se recogen y luego despliegan sus pétalos como una flor que brota del capullo, he acariciado la esperanza de que esos humildes experimentos puedan plantear sugerencias respecto al modo en que la naturaleza produce sus propias bellas formas, y así contribuir en cierto grado al descubrimiento de otro eslabón más en la gran cadena del universo organizado que, como enseñan las Sagradas Escrituras, fue formado mediante la voz de Dios”.

No reproduzco lo anterior a modo de ejemplo de cómo el Señor trajo a la existencia la tierra mediante su palabra en el principio, puesto que no sabemos cómo lo hizo, pero será útil para captar el hecho. El hombre, que fue creado a imagen de Dios, carece de poder creador. Por su aliento pueden apreciarse meramente las *formas* de seres vivientes. Pero en el aliento de Dios no sólo están las formas, sino las propias cosas vivientes, puesto que él es el Dios viviente, y en él “está la fuente de la vida” *Salmo 36:9*. Cuando él habla, la palabra que nombra el objeto creado lo contiene en ella misma. Cualquier cosa que pronuncie su palabra existe en su forma viviente en esa palabra.

Así lo indica el apóstol Pablo al afirmar que Dios “llama a las cosas que no existen como si existieran” *Romanos 4:17*. Ese atributo es exclusivo de la Divinidad. Si un

hombre llamara a algo que no existe como si existiera, se trataría de una mentira. Pero Dios hace precisamente eso, y no puede mentir. ¿Por qué? Sencillamente porque cuando llama alguna cosa por nombre, o bien cuando declara que algo va a existir, realmente existe incluso si no pudiésemos verlo. Existe en su palabra. Cuando él nombra una cosa que previamente no existía, al instante existe, ya que su palabra la forma al nombrarla. Cuando él declara que alguna cosa va a existir, es tan seguro como si ya hubiera aparecido, dado que existe en la palabra hablada. Esa es la razón por la que tanta profecía se expresa en tiempo perfecto, como si ya se hubiera cumplido. En resumen: cuando los mundos iban a ser traídos a la existencia, Dios habló y existieron. Fueron formados por el aliento de su boca.

Observa ahora cuán firme es el fundamento dado al creyente que sabe que todas las cosas fueron creadas por la palabra de Dios, y que cuando Dios habla, lo que él nombra viene a la existencia lleno de vida. Dice el salmista: “Escucharé lo que hable Dios, el Señor, porque promete paz a su pueblo, a sus santos, para que no se vuelvan a la insensatez” *Salmo 85:8 (NRV 2000)*. Promulga paz mediante su divina palabra, ya que “Él mismo es nuestra paz” *Efesios 2:14*. Pero paz significa justicia, ya que leemos: “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar” *Salmo 119:165*. “¡Si tan solo hubieras atendido a mis mandamientos! Entonces habría sido tu paz como un río, y tu justicia como las olas del mar” *Isaías 48:18*. Por lo tanto, al declarar paz, Dios ha de declarar justicia. Y así sucede, ya que leemos: “Mas ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la ley y por los profetas: la justicia de Dios por la fe de Jesucristo para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia por la redención que es en Cristo Jesús, al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo, para que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” *Romanos 3:21-26 (RV 1909)*.

Observa: se afirma que no hay justicia en el hombre: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” *Romanos 3:12*. Nadie tiene en sí mismo la capacidad de generar justicia. La justicia de Dios se pone literalmente *en* y *sobre* todo el que cree. De esa forma resulta estar vestido de justicia y lleno de ella en conformidad con las Escrituras. Los creyentes son ciertamente “hechos justicia de Dios en Él [Cristo]” *2 Corintios 5:21*. ¿Cómo sucede? Dios declara su justicia sobre aquel que cree. Declarar es hablar, pronunciar. Dios habla al pecador —quien es nada y no tiene nada— y le dice: “Tú eres justo”, e inmediatamente ese pecador que cree deja de ser un pecador para venir a ser justicia de Dios. La palabra de Dios que proclama justicia lleva en ella misma la justicia, y tan pronto como el pecador cree y recibe por la fe esa palabra en su propio corazón, en ese mismo instante tiene en su corazón la justicia de Dios. Y dado que del corazón mana la vida (*Proverbios 4:23*), es evidente que en él comenzó una nueva vida; y esa nueva vida es una vida de obediencia a los mandamientos de Dios. Por lo tanto, la fe es “la sustancia de las

cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven” *Hebreos 11:1 (RV 1909)*. Es así porque la fe se aferra a la palabra de Dios, y esa palabra es “sustancia”.

A la tierra la sostiene la misma palabra que la creó. Leemos sobre Cristo: “En Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*. Otras versiones traducen “subsisten” (*RV*) o “forman un todo coherente” (*NVI*): se mantienen cohesionadas. Todo lo que hay en la tierra —y la propia tierra— debe a Cristo su continua existencia. Pablo afirmó en el Areópago ateniense: “En Él vivimos, nos movemos y existimos” *Hechos 17:28*.

Dios sostiene todo mediante su palabra. “Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza, y sostiene todas las cosas por la palabra de su poder. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” *Hebreos 1:1-3*. Cristo es la Palabra divina, es la palabra pronunciada; y dado que todas las cosas permanecen o subsisten en él, es mediante su poderosa palabra como las sostiene.

Escribió también el apóstol Pedro: “En el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua. Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” *2 Pedro 3:5-7 (RV 1995)*. La misma palabra que hizo la tierra, hizo que se anegara en el diluvio, hizo que se transformara por la inundación, y la sigue sosteniendo. Por consiguiente, esa palabra ha de ser verdaderamente sustancial. Es más sólida y real que la propia tierra, dado que un fundamento ha de ser más consistente que aquello a lo que sostiene. Esa palabra de Dios “vive y permanece ... para siempre” *1 Pedro 1:23-25*. Por consiguiente, quien confíe en ella jamás será chasqueado.

Llegará un tiempo en que sucederá esto: “Se hace pedazos la tierra, en gran manera se agrieta, con violencia tiembla la tierra. Se tambalea, oscila la tierra como un ebrio, se balancea como una choza, pues pesa sobre ella su transgresión; y caerá, y no volverá a levantarse” *Isaías 24:19-20*. Pero aunque desaparezcan las islas y “los montes se deslicen al fondo de los mares” *Salmo 46:2*, incluso en ese tiempo terrible, el cristiano podrá decir: “Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” *Salmo 46:1*.

“Por tanto, cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, será semejante a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca; y cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa, pero no se cayó porque había sido fundada sobre la roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no

las pone en práctica, será semejante a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena; y cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa, y cayó; y grande fue su destrucción” *Mateo 7:24-27*.

Cristo es una roca. De los israelitas de antaño leemos que “todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de una roca espiritual que los seguía [iba con ellos]; y la roca era Cristo” *1 Corintios 10:4*. Escribió el salmista: “El Señor, mi roca ... no hay injusticia en Él” *Salmo 92:15*. Se dice a todos quienes lo acepten como su paz: “Ya no sois extraños ni extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y sois de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular” *Efesios 2:19-20*. No somos edificados sobre los apóstoles y los profetas, sino “sobre el fundamento” sobre el que ellos fueron edificados, “pues nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, el cual es Jesucristo” *1 Corintios 3:11*.

Según lo dicho por Cristo en el sermón del monte, edificamos sobre la roca al oír y cumplir su palabra. La Palabra de Dios es “inspirada [soplada, exhalada] divinamente” *2 Timoteo 3:16 (RV 1909)*; en consecuencia, está llena de su propia vida. “La fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” *Romanos 10:17*. Cristo mora en el corazón por la fe; por lo tanto, la palabra contiene en ella misma a Cristo, ya que lo trae al corazón. La palabra de un hombre lo representa. Tiene el mismo valor que tiene quien la pronuncia. Si se trata de alguien carente de valor, su palabra tampoco es válida. Pero si es un hombre honorable y promete alguna cosa, su palabra vale tanto como él, o tanto como él pueda hacer. Su palabra lo representa. Por otra parte, decimos que alguien hace algo cuando su delegado lo hace en obediencia a él. Así, la palabra de Dios lo representa a él mismo. Su palabra tiene el mismo valor que él. Lo representa, pues su palabra está llena de su propia vida.

Abraham provee un maravilloso ejemplo de cómo se edifica en Cristo al creer su palabra. Dios hizo a Abraham una promesa que, como toda promesa de Dios, fue hecha en Cristo. Leemos que “Abram creyó en el Señor, y Él se lo reconoció por justicia” *Génesis 15:6*. Hay algo interesante en la expresión “creyó en el Señor”. La palabra “creyó” procede del hebreo “Amén”. En “amén” tenemos la forma más exacta del término hebreo, puesto que “amén” no se tradujo, sino que se trasliteró. Es una palabra hebrea que aparece como tal en las diferentes lenguas a las que se tradujo la Biblia, incluyendo el griego, latín, francés, alemán, español, danés, inglés, etc. En todas ellas aparece la palabra “Amén”.

La idea básica es la de *firmeza, solidez, estabilidad*. Tiene una variedad de definiciones, todas ellas incluyendo esa característica. Una definición es “edificar sobre algo o depender de ello”. Así, Abraham edificó literalmente sobre Dios, y eso se le reconoció como justicia, le fue contado por justicia. Eso concuerda con la idea de que la palabra del Señor es un seguro fundamento. Es consistente; sobre ella se puede edificar confiadamente. Cuando decimos de alguien: “Puedes depender de su palabra”, significa que te puedes apoyar en lo que dice. Pero si eso es cierto de

ciertas personas virtuosas, ¡cuánto más tratándose de Dios! Podemos reposar sobre su palabra seguros de que siempre nos sostendrá.

Eso da una idea del significado bíblico de creer más ajustada que la que comúnmente se le supone. La comprensión habitual consiste en que creer es simplemente asentir, pero creer al Señor es mucho más que eso. Implica reconocer esa palabra como lo más seguro del universo, puesto que es precisamente esa palabra la que sostiene al universo. Creer al Señor es confiarle enteramente la vida, hacer depender de su palabra toda esperanza, incluso aunque todo *parezca* ir en contra de ella. Es caminar hacia allí donde *parece* no haber nada, en la seguridad de que estando presente la palabra del Señor hay un fundamento firme.

Así lo expresó un poeta (adaptado de Whittier):

*Nada antes ni detrás
Los pasos de la fe
Pisan vacío aparente
Para encontrar en el fondo
La Roca estable*

Cuando el Señor apareció caminando sobre el mar y dijo a Pedro “Ven”, este saltó de la barca y caminó hacia él. Caminar sobre el agua es contrario a la lógica humana. No es físicamente posible que el agua sostenga en su superficie a un hombre puesto en pie. ¿Qué sostuvo a Pedro? —Fue esa palabra del Señor: “Ven”. Cuando el Señor pronuncia la palabra, lo evocado está en esa palabra. Cuando dijo a Pedro “Ven”, el poder para venir estaba en su palabra. Sobre ese fundamento caminó Pedro mientras caminó. Al detenerse a contemplar las olas enfurecidas a su alrededor comenzó a hundirse. ¿Por qué? —Porque olvidó la palabra y pensó sólo en las aguas. Comenzó a hundirse tan pronto como olvidó la palabra, ya que las aguas carecían de poder para sostenerlo. Era solamente la palabra del Señor la que podía mantenerlo a flote. Si la palabra del Señor hubiera dicho a Pedro que caminara sobre el aire, podría haberlo hecho con la misma facilidad con la que caminó sobre el agua. La palabra del Señor trasladó a Elías por el aire, y ese será pronto el caso con todos los que aprendan acerca del poder de esa, su palabra.

Observa el hecho: cuando Abraham edificó sobre el Señor le fue reconocido como justicia. El Señor jamás se equivoca en su reconocimiento. Cuando a Abraham se le contó la fe por justicia fue porque era realmente justicia. ¿Cómo es posible? Cuando Abraham edificó sobre Dios, edificó sobre la justicia eterna. “Recto es el Señor, mi roca ... no hay injusticia en Él” *Salmo 92:15*. Abraham vino a ser uno con el Señor, de tal forma que la justicia de Dios vino a ser la suya.

“Las palabras del Señor son palabras puras, plata probada en un crisol en la tierra, siete veces refinada” *Salmo 12:6*. Por consiguiente, quien edifica sobre la Roca,

Jesucristo, aceptando su palabra con fe viva, edifica sobre un fundamento probado. Leemos: “Desechando toda malicia y todo engaño e hipocresías, envidias y toda difamación, desead como niños recién nacidos la leche pura de la palabra, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis probado la benignidad del Señor. Y viniendo a Él como a una piedra viva, desecheda por los hombres, pero escogida y preciosa delante de Dios, también vosotros, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Pues esto se encuentra en la Escritura: He aquí, pongo en Sión una piedra escogida, una preciosa piedra angular, y el que crea en él no será avergonzado” *1 Pedro 2:1-6*.

Hasta no leer el pasaje bíblico que cita el apóstol, no podemos comprender claramente la fuerza de sus palabras en relación con la Escritura que citamos antes al citar el Sermón del Monte.

Leemos en la profecía de Isaías: “Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí, pongo por fundamento en Sión una piedra, una piedra probada, angular, preciosa, fundamental, bien colocada. El que crea en ella no será perturbado. Pondré el juicio por medida y la justicia por nivel; el granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas cubrirán el escondite. Y será abolido vuestro pacto con la muerte, vuestro convenio con el Seol no quedará en pie; cuando pase el azote abrumador, seréis su holladero. Cuantas veces pase, os arrebatará, porque pasará mañana tras mañana, de día y de noche; y será terrible espanto el comprender el mensaje” *Isaías 28:16-19*.

Cristo es el fundamento probado. Su plomada es la justicia. Su carácter es perfectamente recto y verdadero. Satanás agotó sus malas artes procurando en vano hacerle pecar. Cristo es un fundamento firme. Edificamos en él al creer su palabra, tal como él afirmó. La inundación llegará con certeza. Llegará el azote abrumador y barrerá el refugio de mentira junto a todos los que hayan edificado sobre un fundamento falso. La casa edificada sobre la arena ciertamente caerá. Cuando la tormenta comience a batir con furia, quienes se refugiaron en mentiras huirán por sus vidas al ver que su fundamento se tambalea, pero la inundación los arrastrará. Tal es la escena que describen los dos pasajes citados de la Escritura.

Será bien distinto para quienes edificaron sobre la Roca de los siglos. Ese firme fundamento resistirá cada embate. Nada puede zarandearlo. Quienes hayan edificado sobre él no se agitarán. Han comprobado vez tras vez que se trata de un refugio seguro; por lo tanto, pueden contemplar en calma el torrente impetuoso. No tienen necesidad de escapar por sus vidas. Habiendo edificado sobre la Roca, están tan seguros como la propia Roca. ¿Por qué razón? —Porque todos los que edificaron sobre la Roca, en realidad forman parte de ella. Esto escribió el apóstol: “Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que es poderosa para edificaros y daros la herencia entre todos los santificados” *Hechos 20:32*. Cuando alguien construye sobre la Roca, tratándose de una Roca viviente, los compenetra, de forma que el fundamento y el edificio llegan a ser una sola pieza. Así lo muestran diversos pasajes de la Escritura, entre los que citaremos unos pocos:

“Tanto el que santifica como los que son santificados, son todos de un Padre; por lo cual Él no se avergüenza de llamarlos hermanos” *Hebreos 2:11.*

“Ya no sois extraños ni extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y sois de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular, en quien *todo el edificio*, bien ajustado, *va creciendo* para ser un templo santo en el Señor, en quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” *Efesios 2:19-22.*



“Viniendo a Él como a una piedra viva, desechada por los hombres, pero escogida y preciosa delante de Dios, también vosotros, como piedras vivas, sed *edificados* como casa espiritual para un sacerdocio santo” *1 Pedro 2:4-5.*

“De la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en Él, firmemente arraigados y *edificados en Él* y confirmados en vuestra fe” *Colosenses 2:6-7.*

Encontramos aquí combinadas la figura de una casa, con la de una planta que crece. Eso es perfectamente natural, dado que la Roca sobre la que edificamos es una piedra viviente y que da vida a todos los que son edificados sobre ella, de forma que también ellos, como piedras vivas, van creciendo hasta formar un edificio. El apóstol Pablo combina ambas figuras: “Vosotros sois *labranza* de Dios, [sois] *edificio* de Dios” *1 Corintios 3:9.*

Se aprecia en su belleza eso mismo en la exhortación que hizo Josafat a Israel cuando, por mandato del Señor, avanzaron para hacer frente a una fuerza que los superaba en mucho, confiando en la palabra del Señor según la cual, él pelearía por ellos. “Cuando se levantaron por la mañana, salieron al desierto de Tecoa. Mientras ellos salían, Josafat, puesto en pie, dijo: «Oídmе, Judá y habitantes de Jerusalén. Creed en Jehová vuestro Dios y estaréis seguros; creed a sus profetas y seréis prosperados»” *2 Crónicas 20:20 (RV 1995).* Tal como vimos en el caso de Abraham, la palabra “creer” se tomó del hebreo “Amén”. Estaréis “seguros” es otra reiteración de la misma palabra. Así, se lo podría traducir con toda propiedad de esta manera: “Edificad sobre el Señor vuestro Dios, y seréis edificados”.

Veremos aun un punto más para señalar la esperanza y el consuelo contenidos en lo que se escribió en tiempos pasados. Todo el capítulo 40 de Isaías es un mensaje de consuelo. Comienza así: “Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios”

Isaías 40:1. A continuación sigue la seguridad del perdón, y después se da el mensaje especial de la voz de uno que clama en el desierto. Ese mensaje es el poder de la palabra de Dios, puesto en contraste con la debilidad humana. “Una voz dijo: Clama. Entonces él respondió: ¿Qué he de clamar? Toda carne es hierba, y todo su esplendor es como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; en verdad el pueblo es hierba. Sécase la hierba, marchítase la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” *Isaías 40:6-8.*

Siguen a continuación ilustraciones del poder de la palabra. Se evocan los hechos de la creación, poniendo en contraste el poder de Dios con la debilidad humana. Sigue el bello pasaje: “¿A quién, pues, me haréis semejante para que yo sea su igual? —dice el Santo. Alzad a lo alto vuestros ojos y ved quién ha creado estos astros: el que hace salir en orden a su ejército, y a todos llama por su nombre. Por la grandeza de su fuerza y la fortaleza de su poder no falta ni uno” *Isaías 40:25-26.*

Se nos refiere una vez más al hecho de que Dios es quien sustenta los cielos; que es su poder el que mantiene los cuerpos celestes en sus lugares asignados. Si no fuera por su intervención directa se daría el caos. En los versículos que siguen se presenta esa realidad a fin de animar de forma especial al pueblo de Dios: “¿Por qué dices, Jacob, y afirmas, Israel: Escondido está mi camino del Señor, y mi derecho pasa inadvertido a mi Dios? ¿Acaso no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? El Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa. Su entendimiento es inescrutable. Él da fuerzas al fatigado, y al que no tiene fuerzas aumenta el vigor” *Isaías 40:27-29.*

¿Qué lección de confianza encontramos aquí! “Una vez ha hablado Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder” *Salmo 62:11.* Su poder es el que sostiene los cielos, y el que hace que las estrellas y los planetas sigan sus órbitas. Y ese mismo es el poder que da al fatigado, al que carece de fuerza, con tal que confíe en él. Dedique el alma abatida algún tiempo a contemplar los cielos, sopesando mientras tanto lo que afirma esa escritura, y resultará más capacitado que nunca para comprender el significado de las palabras del apóstol: “Fortalecidos con *todo poder según la potencia de su gloria*, para obtener toda perseverancia y paciencia, con gozo” *Colosenses 1:11.*

¿Qué intenta hacer ver lo leído hasta aquí? —El poder de la palabra, puesto que es por su palabra como todas las cosas subsisten. Es la palabra del Señor la que creó todas las cosas. En la primera parte del capítulo se nos llama la atención a esa palabra que permanece para siempre, puesta en contraste con la carne. Lee ahora *Isaías 40* en su totalidad, fijándote especialmente en los versículos 6-8 y 26, y a continuación examina el comentario del apóstol Pedro:

“Pues habéis nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible; es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece. Porque: Toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba. Sécase la

hierba, cáese la flor, mas la palabra del Señor permanece para siempre” *1 Pedro 1:23-25*. Encontramos citado aquí el capítulo 40 de Isaías concerniente a la palabra de Dios que crea y sustenta todas las cosas. Esa palabra viviente es la vida y fuerza de todas las cosas. Reúne lo anterior y lee las palabras finales del apóstol: “Y esta es la palabra que os fue predicada” *1 Pedro 1:25*.

Por consiguiente, el evangelio es simplemente el poder creador de Dios aplicado a seres humanos [caídos]. Cualquier evangelio que excluya la creación o que no predique el poder creador de Dios tal como se manifiesta en las cosas que él ha creado, y que no dé ánimo a las personas mediante la fuente de ese poder, llamándolas siempre a tenerlo presente como única fuente de fortaleza, es “otro evangelio” *Gálatas 1:7-8*, lo que en realidad significa que no se trata en absoluto del evangelio, ya que no puede haber otro evangelio.

Esa es la lección a aprender “en el principio”. Quien la aprende es una nueva criatura en Cristo, y está preparado para aprender la lección siguiente: la del crecimiento. Teniendo presentes esos hechos maravillosos, ¡qué vanos resultan los temores que algunos expresan!: “Temo que, una vez comenzada la carrera cristiana, no seré capaz de mantenerme en ella”. Por supuesto, *tú* serás incapaz de mantenerte en ella. Careces de fuerza. Pero hay auxilio en Uno que es poderoso. Él es capaz de sustentarte y de mantenerte hasta el fin. “Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final” *1 Pedro 1:5 (RV 1995)*. Por lo tanto, “a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y para presentaros sin mancha en presencia de su gloria con gran alegría, al único Dios nuestro Salvador, por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea gloria, majestad, dominio y autoridad, antes de todo tiempo, y ahora y por todos los siglos. Amén” *Judas 1:24-25*.



“Entonces dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas” *Génesis 1:3-4*.

Hasta ese momento sólo había tinieblas sobre la faz del abismo. No se trata de la oscuridad a la que estamos acostumbrados, ya que aun en las tinieblas más espesas que el hombre haya conocido desde aquel tiempo (con la posible excepción de la plaga de

las tinieblas en Egipto), siempre ha habido algo de luz. Existe una cierta cantidad de luz que atenúa la oscuridad incluso de la más negra noche en la que no se dejan ver la luna ni las estrellas. Pero antes de que Dios dijera “Sea la luz” reinaban unas tinieblas inconcebibles para nosotros, dado que aún no se había creado la luz.

Dios ordenó que a partir de aquellas tinieblas brillara la luz. Según escribió el apóstol, “Dios ... dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz” *2 Corintios 4:6*.

Nos encontramos una vez más ante la maravilla del poder creador. Dios no obra tal como hace el hombre, quien necesita tener previamente en sus manos el material con el que hacer algo. Dios no está limitado de ese modo. El más absoluto vacío de la nada es tan útil a sus propósitos como pueda serlo otra cosa cualquiera. “Dios ha escogido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo para avergonzar a lo que es fuerte; y lo vil y despreciado del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para anular lo que es; para que nadie se jacte delante de Dios” *1 Corintios 1:27-29*. Eso es así por nuestra causa, para que aprendamos a confiar en él.

Cuando Dios creó la luz, la hizo brillar allí donde había oscuridad. ¿Podríamos afirmar que creó la luz a partir de las tinieblas? No parece impropio, pues el poder de Dios es capaz de eso. “Si dijera: «Ciertamente las tinieblas me encubrirán», aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; ¡lo mismo te son las tinieblas que la luz!” *Salmo 139:11-12 (RV 1995)*. Y hablando sobre el consuelo dado a su pueblo en el tiempo de angustia, Dios declara: “Conduciré a los ciegos por un camino que no conocen, por sendas que no conocen los guiaré; cambiaré delante de ellos las tinieblas en luz y lo escabroso en llanura. Estas cosas haré, y no las dejaré sin hacer” *Isaías 42:16*.

Nada hay demasiado difícil para el Señor. Él mismo es la fuente de todo. El sabio discierne a Dios en todas sus obras. Dios ha dejado su impronta en toda la creación. Todo lleva el sello de su propia personalidad. Grandes tinieblas sobrevinieron a los paganos por haber pervertido esa verdad. En lugar de ver el poder de Dios en todo, dijeron que todo es Dios. De esa forma convirtieron la verdad de Dios en una mentira. No obstante, es verdad que todo procede de Dios mismo. Dios fue capaz de hacer que la luz brillara a partir de las tinieblas debido a que él mismo es luz. “Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna” *1 Juan 1:5*.

Al estudiar la creación nunca olvidemos que Cristo es el Creador. Él es la sabiduría de Dios y el poder de Dios. Fue él quien creó la luz. La hizo a partir de sí mismo, pues en él fueron creadas todas las cosas. No es solamente en un sentido espiritual que Cristo es la luz del mundo. La luz de la que goza el ojo de todo ser humano es luz que se derrama procedente de Cristo. Lo visible tiene la función de enseñarnos lo invisible. A partir de lo natural hemos de aprender lo espiritual. La luz física que brilla en el mundo tiene por objeto enseñarnos que Dios es luz, y que esa luz espiritual que brilla a partir de él tan gratuitamente para todos no es menos real que la luz física. “Luz resplandece en las tinieblas para el que es recto; Él es clemente, compasivo y justo” *Salmo 112:4*. Por lo tanto, el recto puede decir: “No te alegres de mí, enemiga mía. Aunque caiga, me levantaré, aunque more en tinieblas, el Señor es mi luz” *Miqueas 7:8*.

Cristo es la luz del mundo. Leemos que cuando entró en Galilea se cumplieron las palabras del profeta: “¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo asentado en tinieblas vio una gran luz, y a los que vivían en región y sombra de muerte, una luz les resplandeció” *Mateo 4:15-16*. Pecado significa tinieblas. Procede del príncipe de las tinieblas y es causante de oscuridad.

La palabra de Dios es luz, pero esa luz estaba virtualmente escondida de la gente cuando el Señor vino a la tierra. Hombres sabios en su presuntuosa opinión se habían atribuido la “interpretación” de la ley de Dios, con el resultado de que la habían encubierto. Se habían llevado la clave del conocimiento. Lo mismo sucedió en la Edad Media, también conocida como el Oscurantismo, ya que la Biblia era un libro prohibido. Se la había confinado en la celda oscura, de forma que sus rayos no alumbraban a la gente. Los hombres palpaban en procura de luz, pero no sabían en qué dirección ir. Casi desapareció de la tierra el conocimiento de Dios, pues incluso los sacerdotes, cuyos labios debieron transmitir el conocimiento, ignoraban los Oráculos Vivientes. Satanás había logrado que prevalecieran ideas falsas sobre Dios y sobre lo que es recto.

Fue en ese estado de tinieblas en el que vino Cristo, la luz del mundo. Brilló la luz para quienes moraban en oscuridad. La luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la derrotaron. Nada podía apagar aquella Luz santa y viva. Cuando los hombres palpaban en la oscuridad sin conocer el camino de la verdad, la luz de la vida de Cristo brilló en las tinieblas, mostrándoles el camino. Todo eso lo vio el anciano Simeón cuando tomó al niño Jesús en sus brazos y dijo: “Han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz de revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel” *Lucas 2:30-32*.

El pecado es tanto tinieblas como muerte. “Tal como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron” *Romanos 5:12*. “La mente gobernada por la carne es muerte” *Romanos 8:6 (NVI)*. “Cuando el pecado es consumado engendra la muerte” *Santiago 1:15*. “El aguijón de la muerte es el pecado” *1 Corintios 15:56*. El pecado y la muerte provienen de Satanás, dado que es él quien tiene el poder de la muerte. Por eso se nos dice que no batallamos contra carne y sangre, sino contra potestades de las tinieblas en el mundo. Las tinieblas de este mundo son las tinieblas del pecado: tal es la oscuridad de la sombra de muerte. Quienes viven en pecado moran en la sombra de muerte; y la luz que brilla para ellos es la luz de la vida de Cristo sin pecado.

De igual forma en que el pecado es muerte, la justicia es vida. “La mente que proviene del Espíritu es vida” *Romanos 8:6 (NVI)*. Tener esa mente espiritual es tener la mente del Espíritu de Dios; es poseer su vida y su justicia, y es tener en la mente la ley de Dios, “porque sabemos que la ley es espiritual” *Romanos 7:14*. La luz es lo único que puede disipar las tinieblas; por lo tanto, lo único que puede quitar el pecado es la justicia. Y lo único que puede vencer a la muerte es la vida.

Pero la vida del hombre no puede lograr la victoria sobre la muerte, ya que es muerte en ella misma. Para el corazón del hombre el pecado es algo natural. “Porque de adentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricias, maldades, engaños, sensualidad, envidia, calumnia, orgullo e insensatez. Todas estas maldades de adentro salen, y contaminan al hombre” *Marcos 7:21-23*. Pero del corazón mana la vida: “Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de la vida” *Proverbios 4:23*.

Por consiguiente, dado que el pecado es muerte, y que el pecado en todas sus variadas formas surge del corazón, es evidente que la propia fuente de la vida del hombre está mortalmente envenenada. La vida del hombre no es más que una muerte viviente. El apóstol Pablo, tras lamentar la absoluta pecaminosidad del hombre natural, exclamó; “¡Miserable de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” *Romanos 7:24*.

Puesto que sólo la justicia es vida, el hombre no puede tener ninguna esperanza de vida en sí mismo. No puede obtener justicia alguna a partir de sí mismo. “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno; y el hombre malo, del mal tesoro saca lo que es malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca” *Lucas 6:45*. Por naturaleza, lo único que tiene el hombre en su corazón es maldad; por lo tanto, maldad es todo cuanto puede generar. Las Escrituras proveen abundante testimonio de ello. Permitamos que lo expongan:

“Todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” *Romanos 3:23*. “Todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” *Romanos 3:12*. “La mente gobernada por la carne es enemiga de Dios, pues no se somete a la Ley de Dios ni es capaz de hacerlo” *Romanos 8:7 (NVI)*. Sin importar la intensidad con que el alma reavivada desee efectuar lo que sabe que es bueno, carece por ella misma del poder para lograrlo “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues estos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis” *Gálatas 5:17*.

Dado que a partir del mal solamente puede resultar el mal, y dado que el corazón humano es capaz solamente de producir el mal, quien afirma que el hombre puede por sí mismo hacer algo bueno está negando la Escritura. En primer lugar, porque la Biblia dice que no puede. En segundo lugar, quien pretende que hay algún poder en el hombre para obrar el bien, está negando que exista en el ser humano algo que sea malo. No puede haber por naturaleza algo bueno y a la vez malo en el hombre. De una fuente no puede brotar a la vez agua potable y no potable. Una pequeña dosis de veneno contenido en el agua la convierte en totalmente insalubre. “¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa?” *1 Corintios 5:6*. Por lo tanto, si hay algún grado de maldad en el hombre por naturaleza, ha de ser porque es enteramente malo tal como la Escritura afirma. Así, quien dice ser capaz de hacer por sí mismo el bien que sea, incluso el más pequeño bien, está en realidad

negando que haya en él la menor traza de mal. Pero Cristo declaró la verdad relativa al hombre en estas palabras: “Separados de mí nada podéis hacer” *Juan 15:5*.

En tercer lugar, hay otra posición posible para quien se atribuye la capacidad de obrar el bien. Consiste en la pretensión de poder obrar el bien a partir del mal. Muchos proclaman que el mal no es más que “el bien en proceso de desarrollo”. Pero su postura no se sostiene mejor que la de quienes piensan directamente ser capaces de hacer lo que es bueno por sí mismos. La afirmación de que el mal es el bien en proceso de desarrollo niega la Biblia, que especifica que en el hombre no hay nada bueno. La insinuación de que el pecado puede convertirse en bondad equivale a la exaltación del yo por encima de Dios, quien no puede permitir tal cosa, ya que hacerlo equivaldría a negarse a sí mismo, quien es justicia.

Solamente Dios es bueno. Así lo afirman llanamente las Escrituras. Estando Cristo en la tierra “vino uno corriendo, y arrojándose delante de Él le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo uno: Dios” *Marcos 10:17-18*. Puesto que sólo Dios es bueno, cualquiera que pretenda poseer bondad por sí mismo se está haciendo igual a Dios. Quien pretenda tal cosa se está haciendo virtualmente Dios.

Está claro que quien quiera obtener justicia ha de encontrarla fuera de sí mismo. En realidad, ha de ser hecho un hombre distinto. Ha de tener una vida enteramente diferente a su vida natural. Eso suele pasar escasamente reconocido en el deseo frecuentemente expresado de “vivir una vida diferente”. Eso es precisamente lo que todos necesitan. El problema es que muchos procuran vivir otra vida con su antigua vida de pecado, lo que es imposible. Para que alguien pueda vivir una vida diferente a la suya previa, es necesario que reciba una vida nueva.

El último texto citado indica dónde ha de obtenerse esa vida. Sólo Dios es bueno. Su vida es la bondad misma. La vida de Dios consiste en actos de bondad. La vida de alguien es lo que son sus caminos, y todos los caminos de Dios son rectos. La ley de Dios expresa sus caminos: “¡Cuán bienaventurados son los de camino perfecto, los que andan en la ley del Señor! ¡Cuán bienaventurados son los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan! No cometen iniquidad, sino que andan en sus caminos” *Salmo 119:1-3*. Y sus caminos son tanto más elevados que los del hombre, como los cielos son más elevados que la tierra.

La justicia de Dios está a disposición del ser humano. Dijo el Salvador a sus discípulos: “Buscad primero su reino y su justicia” *Mateo 6:33*. ¿Dónde hemos de encontrarla? —En Cristo, ya que Dios lo ha hecho para nosotros “sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención” *1 Corintios 1:30*. Sólo en él podemos ser hechos justicia de Dios. Pero dado que la justicia de Dios es su vida, es imposible que tengamos su justicia sin tener su vida. Esa vida está en Cristo, ya que Cristo es Dios, y Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (*2 Corintios 5:19*). La única vida perfectamente recta que se ha vivido en esta tierra fue la de Cristo. Sólo su vida pudo resistir al pecado. “Sabéis que Él se manifestó a fin de quitar los

pecados, y en Él no hay pecado” *1 Juan 3:5*. La vida de Cristo es la justicia de Dios: eso es lo que hemos de buscar.

Pero el hombre no puede vivir la vida de Dios. Únicamente Dios puede vivir la vida que le es propia. Que alguien se creyera capaz de vivir la vida de Dios sería el colmo de la presunción. A fin de poseer justicia, en el hombre se ha de manifestar la vida de Dios, pero el propio Dios ha de vivir esa vida. El apóstol Pablo lo expresó así: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” *Gálatas 2:20 (RV 1995)*.

Observa de nuevo lo fácil que resulta al ser humano pretender estar por encima de Dios. Dado que la justicia es vida —la propia vida de Dios—, es evidente que la pretensión de que el hombre tiene vida en sí mismo —que posee en sí mismo por naturaleza un principio que de ninguna forma puede morir— equivale a la afirmación de que posee rectitud (justicia) en sí mismo, lo que a su vez equivale indirectamente a declararse Dios. Se trata nuevamente de ese hombre de pecado.

Esa idea impidió a los fariseos aceptar a Cristo: “Confiaban en sí mismos como justos” *Lucas 18:9 (RV 1995)*. Profesaban creer en la vida eterna y escudriñaban las Escrituras con ese fin, pero Cristo les dijo con tristeza: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” *Juan 5:40*. ¿Por qué razón no querían venir a Cristo a fin de recibir la vida? —Porque creían poseerla por ellos mismos, dado que la justicia es la vida, y ellos se creían justos. Cristo vino a esta tierra con el expreso propósito de dar vida a los hombres, debido a que la habían perdido por el pecado. Nos da a nosotros su vida, y en ello nos da su justicia. La única razón para que alguien se pueda negar a venir a Cristo en procura de la vida, es porque crea poseerla ya. Repitémoslo: todo el que pretende poder alcanzar la vida eterna sin Cristo está afirmando que puede tener justicia sin Cristo. Ambas cosas son inseparables.

Leamos algunos textos conocidos para grabarlo en la mente. “De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que cree en Él no se pierda, mas tenga vida eterna” *Juan 3:16*. “Le diste autoridad sobre todo ser humano para que dé vida eterna a todos los que tú le has dado. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado” *Juan 17:2-3*. “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” *Juan 6:53*. “Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” *Juan 6:57*. El único camino que tienen los hombres para alcanzar la justicia es tener esa vida, de forma que sean “hechos justicia de Dios en Él” *2 Corintios 5:21*.

Esa vida es nuestra por la fe, ya que el justo vivirá por la fe. Eso no significa que tal vida sea irreal, sino que únicamente por la fe se la puede retener. La vida se la debe retener de igual forma en que se la obtiene. “De la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en Él” *Colosenses 2:6*. Por sí mismo y por su propio poder el ser humano carece de esa vida. Se trata de la vida de Dios, no del hombre. “El

testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” *1 Juan 5:11-12*. Se trata de la vida de Cristo manifestada en carne mortal, “en nuestro cuerpo mortal” *2 Corintios 4:11*.

Esa vida es la luz de los hombres. “Jesús les habló otra vez, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” *Juan 8:12*. Esa vida de justicia se le da al hombre tan gratuitamente como la luz del día. Es tan abundante como la luz que percibimos con los ojos. Hay para todos. Una característica de la luz es que puede multiplicarse. Una sola antorcha puede encender otras mil como ella, y aun así seguir teniendo tanta luz como al principio. Lo mismo sucede con la luz de la vida de Cristo. En él está la fuente de la vida. Brota en abundancia de él. Podría dar vida a cada ser humano en el mundo si todos la recibieran, y aun así seguir teniendo tanta luz como al principio. Puede vivir en cada uno en su plenitud. Todo creyente recibe el beneficio de la vida entera de Cristo, quien no está dividido.

Quienes moran en sombra de muerte, que es la sombra que arroja el pecado, pueden verla disipada al permitir que en ellos brille la luz. Esa luz se ha de manifestar en la iglesia en su plenitud antes del fin, de forma que la vida de Cristo se manifieste tan plenamente ante el mundo, como cuando Cristo estuvo aquí en persona. Tal será el estandarte alrededor del cual miles se reunirán, como sucedió en el día de Pentecostés. Se trata de la luz de la vida de Cristo referida por el profeta en estas palabras:

“Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti. Porque he aquí, tinieblas cubrirán la tierra y densa oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti aparecerá su gloria. Y acudirán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer” *Isaías 60:1-3*. Todo eso, y mucho más de lo que puede expresar una pluma no inspirada, es lo que se nos enseña en estas simples palabras: “Entonces dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz” *Génesis 1:3*.

